

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ↔ BARCELONA, diciembre de 1895 ↔ NÚMERO 63



MEMORIAS DE UN GENDARME

POR

PONSON DU TERRAIL

(Continuación)

—Sí,—respondió Marta.

—Entonces, ¿no tengo más que ir?

—Eso no. Lo que debéis hacer es escribirle mañana un billetito muy respetuoso, solicitando su permiso para presentaros en su casa y enviarlo con uno de vuestros criados.

—Y ¿crees que me responderá?

—Al instante. Luego la cuestión marchará por sí misma.

—Bien, Marta,—exclamó el señor de San Julián.

Y se marchó, sin pensar siquiera en pedir noticias de Ulises.

Al día siguiente, al amanecer y antes que Marcelina se hubiera levantado, el señor de San Julián hacía montar á caballo á su criado y le enviaba á Beaurevoir con un billete concebido en estos términos:

«Señora baronesa:

»Uno de vuestros vecinos solicita de vuestra bondad algunos momentos de conversación.

»Vuestro humilde servidor,

»San Julián.»

Dos horas después, el criado volvía con la siguiente respuesta:

«La baronesa de Verne espera al señor de San Julián.»

LIV

Conforme lo había dicho Marta en el interrogatorio que Nicolás Sautereau y la señora de Verne la habían hecho sufrir el día anterior por la mañana, el mal no era todavía muy grande; pero no por eso dejaba de estar algo levantada de cascos la cabeza de la señorita Ana.

Esta tenía sólo diez y seis años, aunque aparentaba, por lo menos, diez y ocho; era de carácter alegre, trataba á su madre como á una hermana mayor y creía que la vida se parecía por completo á la novela.

Marta le había hablado con tanta frecuencia del señor de San Julián, que la joven se veía ya dueña de aquel viejo castillo que había distinguido desde lejos, un día, paseándose en carruaje.

Aquella mañana, Ana se despertó temprano y halló á su madre en la sala, leyendo una carta.

—¿Qué haces, mamá?—preguntó.

La señora de Verne dió á su fisonomía una expresión melancólica.

—Hija mía, estoy meditando,—repuso.

—¿Sobre qué?

—Sobre una multitud de cosas.

—¡Oh! ¿Qué sería estás!

La señora de Verne no vaciló en decir á su hija:

—¿Has oído hablar del señor de San Julián? Anita se ruborizó.

—¿Por qué me lo preguntas, mamá?—dijo.

—¿Te has fijado en él?

—Sí... Hace buena figura á caballo...

—Pero ¿cuál es tu opinión?

—Ninguna... Es decir, me parece bastante bien...

—¡Ah!—dijo la señora de Verne.—Me tranquilizas.

Y suspiró.

—¿Qué quieres decir con eso, mamá?

—Hija mía,—repuso la señora de Verne con acento serio,—¿sabes que no tengo más que treinta y dos años?

Anita se estremeció y miró á su madre.

—Si yo volviera á casarme, ¿seguirías queriéndome?

La joven palideció ligeramente.

—Pero ¿por qué me dices eso?—interrogó.

—Porque creo,—replicó la señora de Verne,—que el señor de San Julián me quiere pedir la mano.

Anita ahogó un grito.

Pero era una joven de buena raza; tenía una dignidad invencible y sabía erguirse al recibir un golpe.

Ni un solo músculo de su rostro se contrajo; permaneció tranquila, en la apariencia, mientras se paralizaban los latidos de su corazón, y luego repuso fríamente:

—Pues bien, mamá: si te gusta el señor de San Julián, debes casarte con él.

En los dos minutos que acababan de transcurrir, la señora de Verne había sufrido un verdadero martirio, y su corazón de madre había experimentado angustias hasta entonces desconocidas; pero la prueba era necesaria.

Y la prueba había dado excelente éxito.

—¡No le ama todavía!—se dijo la madre, mirando atentamente á su hija.—Sólo la cabeza se había interesado.

A partir de aquel momento, la señorita Ana permaneció tranquila é indiferente.

Es cierto que experimentaba algún despecho; mas éste no duró mucho.

Al mediodía llegó el señor de San Julián.

Este se había arreglado con tan mal gusto, que parecía un picador de buena casa.

Llevaba casquete redondo, corbata roja y botas de montar con espuelas.

La señora de Verne se mordió los labios para no echarse á reír al ver aquella facha.

El rústico saludó con torpeza, balbuceó algunas palabras, tomó la silla que le señalaba con el dedo la baronesa, se sentó y cruzó las piernas.

Luego llamó en su ayuda toda su rústica audacia é hizo su petición, poco más ó menos, en los siguientes términos:

—Señora baronesa, vos sois viuda y yo sol-

tero; ambos somos vecinos; yo soy un caballero de buena casa y tengo el honor de pedirlos vuestra mano.

La señora de Verne creyó deber fingir cierto embarazo y alguna emoción, y repuso:

—Caballero, vuestra petición me honra extremadamente; pero supongo que me concederéis unas cuantas horas para reflexionar acerca de ello.

El señor de San Julián se inclinó.

Luego habló de asuntos indiferentes, explicó todo un curso de caza a la señora de Verne, y se marchó muy complacido del giro que tomaba su asunto.

Cuando se hubo marchado, Anita bajó a la sala.

Halló a su madre muy triste.

—Y bien,—la dijo,—¿qué te parece?

—Le encuentro horrible y mal educado,—respondió la señora de Verne;—es vulgar y tonto.

—De modo, que ¿te desagrada?

—Me causa horror.

—¿Le has desahuciado?

—Sí... Pero volverá: me parece terco y no sé cómo librarme de sus importunidades.

—¡Ah! ¡Si tú quisieras!...—dijo Anita.

—¿Qué?

—Hace mucho tiempo que me prometiste que iríamos a pasar el invierno a París. ¿Quieres que vayamos?

La señora de Verne pareció vacilar.

—Bueno,—dijo, al fin,—sea; pero con una condición.

—¿Cuál?

—La de que partiremos mañana a primera hora. No quiero volver a ver a ese tipo.

—¡Qué buena eres!—dijo Anita abrazando a su madre.

Al día siguiente, el señor de San Julián se levantó de mejor humor que la víspera.

Había soñado que la señora de Verne le escribía:

«Venid, querido futuro esposo, a que con-
vengamos el día de la publicación de los
edictos.»

Pero Marcelina echó un jarro de agua fría en aquel entusiasmo.

Entró en su cuarto y le dijo:

—Aquí tenéis una carta que la señora baronesa de Verne me ha remitido para vos.

El caballero se estremeció y miró con una especie de espanto a Marcelina.

Pero ésta añadió riendo:

—¡No tengáis miedo! La señora baronesa no es tan estúpida que piense en casarse con un hombre lleno de deudas como vos, y que ayer por la mañana no sabía aún si quería a la madre o a la hija.

El señor de San Julián abrió la carta de la baronesa, que contenía estas sencillas palabras:

«Muchas gracias, caballero y querido vecino, por haberme hecho abrir los ojos sobre la infidelidad de mi doncella, a quien he despedido, en el momento de dejar a Beaurevoir por

bastantes meses. Voy a casar mi hija a París.

»Vuestra vecina,

»La baronesa de Verne.»

Aquí terminaban las *Memorias* de Nicolás Sautereau.

Ahora bien: una mañana de la semana última, llamé a la puerta de la casita donde el antiguo gendarme vive en paz, con su esposa, desde que pidió su retiro.

—Mi querido sargento,—le dije,—yo no puedo acabar mi libro con la historia de la baronesa de Verne y del señor de San Julián.

—¿Qué queréis?—me respondió.—No habéis escrito mis *Memorias*, sino sólo una parte de ellas. Además, el resto de mi vida se parece a lo ya referido: he detenido ladrones y asesinos, he descubierto crímenes... ¡qué sé yo!... Pero siempre lo mismo.

—¿Y vuestro hermano Martín? ¿Y la Garduña?

Nicolás se pasó la mano por la frente con tristeza.

—Mi hermano murió en el hospital; los otros también. El pobre viejo Miguel Legrain falleció el año pasado, de cerca de cien años. En cuanto a la Garduña, volví a verla cuando salió de la cárcel; la protegí, y me recompensó tratando de impedir mi matrimonio.

Al decir estas palabras, el sargento miró con ternura a su esposa.

—¡Ah!—exclamó ésta con emoción.—Si contaras a este caballero cómo nos casamos, haría de ello tal vez una linda historia.

—Pues bien, sea,—repuso Nicolás Sautereau;—mis amores serán el coronamiento de mis *Memorias*. Oid.

Tomé notas, a la vez que escuchaba al viejo sargento, y hé aquí el epílogo de esta modesta epopeya:

LV

En una de esas tormentosas noches de noviembre, en que el cielo está cargado de negras nubes, que empuja el viento del SO., y de las cuales cae en anchas gotas una fuerte lluvia, mientras que los árboles de los bosques crujen lúgubramente, dos gendarmes que volvían de recorrer su demarcación cabalgaban, a eso de las diez o las once, por un camino mojado y surcado de profundos baches.

—¡Vaya un tiempo de perros!—decía el sargento Nicolás Sautereau.

—Yo estoy calado hasta los huesos,—repuso el gendarme que le acompañaba,—no tengo seco ni un hilo de ropa, y de mi capa se podría hacer una torcida.

—Pues ¡y de la mía! Pero aun tú, compañero, tienes mujer y un hijo: te encontrarás la cena dispuesta, un buen fuego y el chiquillo, que te saltará a las piernas. Yo no tengo nada de eso.

Y Nicolás suspiró.

—Pues ¿por qué no os casáis, sargento?

—¿Y encontrar esposa?

—Eso es muy fácil.

—No lo creas, —dijo el sargento, suspirando.

El viento redoblaba en violencia, y la lluvia caía á torrentes.

—Siento ganas, —añadió el sargento,—de ir á pedir hospitalidad, por una hora, al castillo de Beaurevoir. Estamos en la linde del bosque y puedo llegar en diez minutos de galope, mientras que Châteauneuf está á más de una legua.

de madrugada, Nicolás oyó un disparo en un coto vecino.

Al ruido, el caballo se había espantado, y durante una hora, á través de campos y matorrales, y al galope furioso, sin que el jinete pudiera dominarlo, había franqueado todos los obstáculos, estando á punto de derribar á aquél en veinte ocasiones.

Dos días después, las aspas de un molino de viento le habían producido el mismo efecto.

Nicolás tomó el camino de Beaurevoir y ex-



Cayó al precipicio, arrastrando consigo al jinete

—¡Oh!—repuso el gendarme.—Yo, por hora más ó menos, no me mojaré más de lo que estoy. Y, luego, mi mujer me espera y estaría inquieta.

—Entonces, buenas noches,—dijo Nicolás.

—Buenas noches, sargento,—repuso el gendarme al llegar á un sitio en que el camino se bifurcaba.—Tened cuidado con vuestro caballo al entrar en el bosque.

—¡Bah!—repuso Nicolás.—Más rebeldes que él los he montado.

—Por fortuna,—añadió el gendarme,—hace hoy mala noche para los cazadores furtivos.

Y los dos gendarmes se separaron.

Para explicar las últimas palabras que acababan de cambiar, bastará decir que Nicolás Sautereau montaba un caballo joven que había comprado hacía ocho días y que ya dos veces había estado á punto de hacerle matarse.

La primera vez, cuando costeaba el bosque,

citó á su caballo, pues la lluvia y el viento seguían aumentando, y, á pesar de hallarse en noviembre, la plomiza bóveda del cielo se entreabría de vez en cuando para dejar ver un mudo relámpago.

Pero de pronto, y por primera vez en la noche, oyóse un trueno.

Aquello fué, en verdad, algo más imponente que un disparo.

El caballo dió un salto prodigioso, se encabritó y luego se lanzó, disparado, fuera del camino, arrastrando, á través de la noche y del espacio, á su jinete, impotente para sujetarlo.

Sin embargo, la lucha entre la montura y el jinete no hubiera sido muy larga, sin dos nuevos truenos que se sucedieron en el intervalo de algunos minutos.

Entonces comprendió Nicolás que no le quedaba más recurso que invocar á la Providencia, pues el caballo se había desbocado, y, apo-

yando la mandíbula inferior contra el pecho, paralizaba por completo la acción del freno.

A la sazón, Nicolás volvía la espalda al bosque, pues el caballo se había lanzado en medio del viñado que en suave pendiente se dirige hacia el Loira.

El viñado está cortado á trechos por sembrados, y en medio de éstos hay antiguas canteras abandonadas y aguazales profundos.

Siendo tan oscura la noche, era imposible que el sargento se diera cuenta de la dirección que llevaba.

Un último trueno acabó de enloquecer al caballo, casi al mismo tiempo que el relámpago mostraba á Nicolás, á diez metros de distancia, una de dichas canteras, de donde, por mucho tiempo, se había extraído piedra para edificar.

El caballo corría hacia ella con la cabeza baja. Nicolás hizo un último esfuerzo, ¡esfuerzo impotente!, para detenerlo.

Ya era tarde: la tierra faltó bajo las patas delanteras del animal, que cayó al precipicio desde una altura de diez pies, arrastrando consigo al jinete.

La caída fué terrible. Nicolás, completamente magullado, perdió un instante el conocimiento.

Cuando volvió en sí, sentóse y no se halló nada roto. Sus cuatro remos estaban intactos, pero la cabeza había dado contra una piedra y tenía una ancha herida en la frente.

En cuanto al caballo, había muerto del golpe.

El pobre gendarme detuvo como pudo la sangre que corría por su frente, y se arrastró hacia una especie de sendero cretoso que conducía fuera de la cantera, siempre bajo una lluvia diluviana y combatido por ese terrible viento que desarraiga los árboles y derriba las casas.

¿Dónde estaba?

No lo sabía.

El campo parecía desierto, y el horizonte era cada vez más negro.

De pronto, una débil claridad, un pequeño punto luminoso, se le presentó á lo lejos.

Nicolás fijó en él sus ojos, como el marino perdido en la estrella que brilla de repente.

La luz no avanzaba ni retrocedía.

—Es una casa,—pensó Nicolás.

Y se arrastró como pudo á través de los fangosos campos, de los fosos y de las viñas, cayendo á veces, á veces deteniéndose para dejar pasar una ráfaga furiosa, á veces, en fin, para limpiarse la sangre que inundaba su rostro.

Pero siempre con los ojos fijos en aquella luz, y cobrando valor, á medida que se aproximaba á ella.

Al principio creyó que se trataba de una granja; pero pronto un ancho surco blancuzco que cortaba en dos la tierra oscura, y en el que reconoció Nicolás el camino de Châteauneuf á Gien, le sacó de su error.

Era una casita aislada junto al camino, y ante la cual había pasado Nicolás con frecuencia.

Las fuerzas del sargento estaban agotadas; perdía mucha sangre, y ya era tiempo de que llegara, pues cayó en el umbral de la casa, pidiendo socorro.

Y cuando las gentes de ésta acudieron, encontraron al gendarme desvanecido por segunda vez.

.....

Cuando Nicolás Sautereau volvió en sí, estaba acostado, completamente vestido, sobre un lecho á cuya cabecera se hallaban dos mujeres.

Se le había vendado la frente y lavado el rostro.

De las dos mujeres, una era ya anciana, la otra joven, y su belleza impresionó á Nicolás.

Evidentemente eran madre é hija.

—Y bien,—dijo ésta con dulzura;—¿cómo os encontráis?

—Mejor,—repuso Nicolás, dirigiendo á ambas una mirada de gratitud.—Pero ¿dónde estoy?

—En la Casa Blanca,—contestó la joven con triste sonrisa.—Mi madre y yo íbamos á acostarnos cuando os oímos pedir socorro. Pero ya estáis mejor: ¿no es cierto? Mi madre, que entiende algo, porque mi pobre padre era médico, dice que vuestra herida no es peligrosa; sólo que ha sangrado mucho, y de ahí vuestra debilidad.

Las palabras *Casa Blanca* y *médico* pusieron al corriente al sargento sobre las personas entre quienes se hallaba.

—¡Ah!—dijo.—¿Sois la señora y la señorita de Langevin?

—Sí,—repuso la joven.

—Queridas señoras,—exclamó el sargento,—¿cómo podré daros las gracias por cuanto habéis hecho por mí?

—Lo que hemos hecho no vale nada,—dijo la anciana.—Pero ¿qué os ha sucedido?

Nicolás saltó del lecho, sacudió sus contusos miembros y se acercó al fuego que ardía en la chimenea.

—He estado á punto de matarme,—contestó.

Y refirió la loca carrera que había hecho á través de los campos, arrastrado por su desbocado corcel, y su terrible caída en la antigua cantera.

—Ha sido un milagro de la Providencia,—dijo la madre,—que no hayáis quedado muerto con vuestro caballo por consecuencia del golpe.

—Madre mía,—repuso la joven con tristeza,—Dios no abandona jamás á los que confían en él.

—¡Ay!—exclamó la señora de Langevin, exhalando un suspiro.—Él te oiga, pues bastante nos ha probado ya.

Y Nicolás vió brillar una lágrima en los ojos de la pobre mujer.

—Sí, madre mía,—repuso la joven;—es cierto que Dios, al arrebatarnos á nuestro padre, nos ha hecho sufrir cruelmente. Pero ¡quién sabe! Tal vez nos reserve días mejores.

Nicolás miró atentamente á las dos mujeres y adivinó que la muerte del jefe de la familia no era la única prueba que habían sufrido.

Preciso era que el desmayo del gendarme hubiera durado largo tiempo, ya en la canteira, ya después que las dos mujeres le habían recogido, pues sonaban las campanas de la lejana iglesia de Châteauneuf.

Casi al mismo instante oyóse el ruido de un cabriolé en el camino, y poco después aquél se detuvo ante la Casa Blanca.

Entonces, y á la vez que llamaban á la puerta, las dos pobres mujeres se miraron y palidieron.

LVI

¿Quiénes eran la señora y la señorita de Langevin.

Vamos á decirlo en pocas palabras.

Diez años antes, un médico forastero había ido á instalarse en Châteauneuf.

El día comenzaba á lucir, la lluvia había cesado y habíase apaciguado el viento.

Tenía esposa y dos hijos, varón y hembra.

Era un hombre joven, de fisonomía inteligente, de palabra dulce y persuasiva y que desde luego agradó á la pequeña población de campesinos, entre los cuales había ido á buscar una clientela.

El doctor Langevin procedía de París, donde había sabido, á pesar de su juventud, crearse una reputación.

¿Qué extraño motivo le llevaba á aquel país? ¿Qué drama había pasado en su vida íntima?

En provincias todo se sabe, pues los provincianos son curiosos y husmeadores, y pronto fueron conocidas de todo Châteauneuf las desgracias del doctor Langevin.

El infeliz médico se había visto complicado en un proceso criminal, acusado de haber contribuido á un infanticidio; reconocióse su inocencia, pero había permanecido seis meses en la cárcel, había tenido que comparecer ante el tribunal del Jurado, y el proceso había causado su ruina, arrebatándole su clientela.

Entonces reunió los restos de su modesta fortuna, y fué á establecerse á Châteauneuf, ya enfermo, minada su salud por la tristeza.

Luchó todavía valerosamente cuatro ó cinco años, pero los pesares acabaron por triunfar.

El doctor Langevin murió, dejando á su viuda y á sus hijos, por toda herencia, la casita rodeada de un jardín, que se conocía con el nombre de la Casa Blanca.

Su hija tenía entonces diez años, y su hijo diez y ocho.

El joven entró en Val-de-Grace, de donde salió como ayudante de cirujano, y fué enviado á Africa con un regimiento.

De su modesta paga separaba cincuenta francos mensuales, que enviaba á su madre y á su hermana.

Estas, retiradas en la Casa Blanca, hacían los quehaceres domésticos por sí mismas, trabajaban desde por la mañana hasta la noche en ingratas tareas de costura, y no alcanzaban á cubrir todas sus atenciones.

El doctor Langevin había dejado, al morir,

algunas deudas: una de ellas, sobre todo, resultaba enorme, en relación con la posición modesta de las dos mujeres, pues era un préstamo de mil doscientos francos.

El acreedor era un campesino muy avaro.

El préstamo había sido hecho por seis años.

La señora de Langevin había pagado con puntualidad los intereses, pero no se hallaba en situación de reembolsar semejante suma á su vencimiento. En consecuencia, había ido á ver á su acreedor para pedirle una prórroga.

El campesino se había negado, diciendo que quería comprar dos fanegas de viña y que necesitaba su dinero.

Había llegado el vencimiento, y las pobres mujeres no habían podido pagar.

Entonces el implacable acreedor había entregado su crédito á la justicia, y el asunto había seguido.

Ahora bien: el cabriolé que aquella mañana acababa de detenerse á la puerta de la Casa Blanca era el de Venard, alguacil de Gien y encargado del asunto de Juan Francisco Tardiveau.

Tal era el nombre del acreedor.

Las dos mujeres palidieron al ver entrar á aquel hombre, que, á su vez, se quedó algo sorprendido viendo al sargento Nicolás Sautereau sentado junto al fuego.

El alguacil iba á embargar.

Nicolás le conocía y adivinó el drama que iba á desarrollarse.

Venard era hombre de unos cuarenta años, de rostro jovial y redondo, un alguacil de buena pasta, como los hay todavía en provincias, y que, en ocasiones, avisan ocultamente al desgraciado contra el cual van á actuar.

Venard había escrito ocho días antes á la señora de Langevin una carta confidencial, en la que le advertía que se vería obligado á ir á embargar, y la aconsejaba que viese á un notario de los alrededores, cuyas señas le indicaba, y que, casi de seguro, podría hacer que encontrase una hipoteca de mil doscientos francos sobre su casa.

La señora de Langevin había seguido el consejo; pero el notario á quien había ido á ver no tenía dinero disponible.

—Querida señora,—dijo Venard al entrar,—supongo que habréis atendido mi indicación.

—¡Ay! Sí,—repuso la viuda enjugándose una lágrima;—pero no ha tenido éxito.

—¡Qué desgracia!—murmuró el alguacil.—¡Pero es que vengo á embargar!

Y se separó de la puerta, pues había permanecido en el umbral, para dejar paso á su escribiente.

Este llevaba bajo el brazo una carpeta de tafilete y en la oreja una pluma.

—Embargad, pues,—dijo la joven con dolorosa resignación.

—Pero, pobre niña,—exclamó la madre rompiendo en sollozos,—¿á dónde iremos si hemos de abandonar esta casa?

—Dios es bueno,—repuso la joven,—y tarde ó temprano se apiadará de nosotras.

—Cumplid vuestro deber,—dijo la señora de Langevin con apagado acento.

Hasta entonces, Nicolás había permanecido silencioso y no había creído deber intervenir.

Pero entonces dijo al alguacil:

—¿De qué suma se trata?

—¡Ah!—repuso Venard.—De una suma importante: mil doscientos francos, más los gastos.

—Pero ¿no es vuestra esta casa?—dijo el sargento dirigiéndose á la señora de Langevin.

—¿A pie?—dijo el alguacil, admirado.

—He sido arrojado á una cantera por mi caballo, que ha quedado muerto, y yo he tenido la suerte de librarme. Pero creo que sin estas caritativas señoras,—añadió Nicolás, conmovido,—hubiera muerto también de frío esta noche.

—Corriente,—dijo el alguacil, que sabía que Nicolás Sautereau era un hombre serio que no se comprometía ligeramente.—Siendo como decís, vamos á Châteauneuf.



Fué á establecerse á Châteauneuf, ya enfermo, minada su salud por la tristeza

—Sí, señor.

—Vale bastante más de mil doscientos francos.

—Cierto que sí.

—Pues bien: si el Sr. Venard quiere concedernos cuarenta y ocho horas, yo me comprometo á hallar los mil doscientos francos en Châteauneuf.

La viuda lanzó un grito de alegría.

En cuanto á la señorita de Langevin, dirigió al gendarme una mirada celestial.

—¿De veras?—dijo.—¿Habrá en Châteauneuf quien acuda en nuestro auxilio?

—Seguramente, señorita.

El alguacil parecía indeciso.

Nicolás le dió un golpe en el hombro.

—¡Ea, amigo mío!—le dijo.—Venid á almorzar conmigo á Châteauneuf y arreglaremos eso. Además, me prestaréis un buen servicio llevándome allí, pues estoy á pie.

E hizo subir al sargento en su cabriolé, en el cual partieron ambos, acompañados de las bendiciones de las dos mujeres.

Ya en el camino, dijo el sargento al alguacil:

—No vale la pena de ir á casa del notario.

—¿Por qué?

—Porque ya está encontrado el dinero.

—¿Cómo es eso?

—Oid,—dijo ingenuamente el sargento;—en los veinte años que llevo de servicio, he hecho algunas economías, y bien tendré unos mil quinientos francos.

—Y ¿vais á prestarlos?

—¿Por qué no?—repuso sencillamente Nicolás.

—¿Y vuestro caballo, que vais á veros obligado á reemplazar? Ya sé que el Estado os indemnizará; pero eso requiere tiempo y...

—Tengo á mi hermana Marieta que está en

el Val, á tres leguas de Châteauneuf,—respondió Nicolás.—Su marido se halla en buena posición, y si necesito un centenar de escudos, me los prestará.

—Sois un excelente sujeto,—dijo el alguacil mirando á Nicolás.—Pero ¿tenéis el dinero en vuestro poder?

—Sí.

—Por lo demás, aunque lo hubieseis colocado, tiempo tendríais de retirarlo, pues será preciso perder cuatro ó cinco días.

—¿Para qué?

—Para hacer la inscripción en el registro de hipotecas.

—¡Bah!—dijo el sargento.—¿Acaso necesito semejante cosa? Esas buenas señoras me harán un simple recibo. Tengo confianza en ellas y no quiero humillarlas exigiéndoles una hipoteca.

El alguacil no respondió, pues el caballo acababa de detenerse de pronto y se negaba á avanzar.

Había un bulto tendido á través del camino, y aquel bulto era una mujer.

¿Estaba borracha, dormía ó no era más que un cadáver?

Esto es lo que hubiera sido difícil precisar á primera vista.

El sargento saltó del cabriolé.

La mujer parecía dormir, pero, en realidad, se había desmayado.

Era una mendiga llena de andrajos.

El sargento la cogió en sus brazos, diciendo:

—Creo que está medio muerta de hambre.

Hallábase descalza y tenía los pies llenos de sangre.

Nicolás la llevó al cabriolé.

—¡Vamos pronto á Châteauneuf!—dijo al alguacil.—Si no, es fácil que se nos muera por el camino.

El movimiento del carruaje hizo abrir los ojos á la mendiga.

—¡Oh!—murmuró.—¡Tengo hambre! ¡Tengo mucho frío!

Nicolás ahogó un grito.

En aquella mujer andrajosa había reconocido á la Garduña, la sombría y feroz heroína del drama de la Fringale.

LVII

Una hora después, la Garduña se hallaba instalada, provisionalmente, en un cuarto del cuartel de la gendarmería.

¿Cómo la había hallado el sargento en el camino de Gien á Châteauneuf?

Era toda una historia que la Garduña refirió á Nicolás, luego que, llevada á Châteauneuf, acostada en un buen lecho y rodeada de cuidados, había vuelto en sí.

—¡Ah! Mi buen Sr. Sautereau,—dijo des-

pues de haber calmado el hambre canina que había estado á punto de matarla,—sin vos habría muerto de hambre. ¡Soy tan desgraciada!

—Pero ¿de dónde venís y á dónde vais?—preguntó el sargento.

—Salgo de Melún. Ya sabéis que fui condenada á diez años de reclusión, y he cumplido mi tiempo.

—¡Cómo!—murmuró Nicolás.—¡Hace ya diez años de aquello!

—Sí, señor: diez años y seis meses. Cumpí mi tiempo y me despidieron. Primeramente fui á París, esperando encontrar trabajo; pero ya sabéis la poca confianza que inspiran las personas que salen de la cárcel. En algunas semanas he ejercido muchos oficios: he sido enfermera, barrendera de calles, moza de limpieza. En cuanto se sabía que había salido de la central, me despedían. Un comerciante de ganado que fué á París el mes pasado, me contrató para ayudarle á conducir carneros á Poissy. Quedó contento de mí y me llevó á Nevers; pero allí su mujer se enteró de quién era yo y despidióme. De Nevers he venido á pie y mendigando el sustento; pero en este país no hay mucha caridad, y cuando me hallasteis en el camino hacía cerca de dos días que no había comido.

Esta narración era verosímil, y Nicolás le dió entero crédito.

—Buena mujer,—dijo á la Garduña,—todo pecado, por grande que sea, merece misericordia. Habéis pagado vuestra deuda á la sociedad, y es justo que la sociedad venga en vuestra ayuda. Supuesto que estáis enferma, permaneceréis aquí hasta restableceros, y luego, por mi recomendación, os darán trabajo en cualquier parte. Entretanto, remendaréis mi ropa y haréis mis faenas, pues soy soltero.

La Garduña se echó á llorar de gratitud, y bañó con sus lágrimas las manos de Nicolás Sautereau.

Este pensó entonces en cumplir la promesa hecha á las señoras de la Casa Blanca.

Llevó á Venard, el alguacil de Gien, á almorzar al café-taberna donde le vimos en otro tiempo trabar conocimiento con el señor de San Víctor.

Luego le entregó la suma de mil doscientos treinta francos, á cambio de la obligación suscrita por el doctor Langevin. El alguacil renunció sus honorarios y se fué diciendo que el sargento de Châteauneuf era el hombre más honrado del mundo.

Nicolás le había encargado que guardara el secreto; pero Venard no era hombre capaz de callar una buena acción.

Al volver á Gien, no pudo resistir al placer de entrar á ver á las pobres señoras de la Casa Blanca.

La madre hizo un movimiento de espanto al verle.

(Se concluirá)

—ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50. BARCELONA—

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.—NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA